

**DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (B)**  
**Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat**  
**18 de noviembre de 2018**  
**Dan 12,1-3; Heb 10,11-18; Mc 13,24-32**

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos terminando el año litúrgico. El próximo domingo es Cristo Rey y el domingo siguiente empezaremos el tiempo de Adviento, que nos ayudará a preparar la Navidad.

Las lecturas de la misa de hoy nos hacen tomar conciencia de la tensión que vivimos entre lo que nosotros, por nuestra parte, podemos conseguir con nuestro esfuerzo y buena voluntad, y, por otra parte, lo que Dios nos ha mostrado generosamente en Jesucristo, que ilumina nuestra inteligencia y nuestro corazón y nos abre siempre un camino. Es decir, al lado de nuestro trabajo diario, sentimos la necesidad de acoger muy de corazón aquel don inalcanzable que Dios nos aporta gracias a Jesucristo, camino, verdad y vida. Su ejemplo y sus palabras nos ayudan a llevar valientemente a buen término lo que Dios espera de nosotros.

El profeta Daniel nos decía en la primera lectura que, a pesar de todas las pruebas de la vida, los justos resplandecerán como el sol y «los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad». Con estas palabras, Daniel, nos anima a vivir con coraje, de una manera solidaria, y trabajar para crear un mundo pacífico y una buena convivencia. Sabemos que el proyecto de Dios es un proyecto de salvación, y que, tanto los cristianos como toda la gente de buena voluntad que trabajamos para crear un espacio de respeto, de estima y de justicia.

El Salmo que hemos cantado nos ayuda a agradecer la ayuda que recibimos de Dios, cuando nos dice: " Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré; no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida». Con la ayuda de Dios vamos siguiendo este camino que se apoya en el fondo de bondad que hay en lo más íntimo de cada persona, en el interior de todos nosotros. De este tesoro de bondad debe salir una relación buena y noble con todos, en un ambiente de buena convivencia, que nos ayude a poner en práctica los dones que Dios ha dado a cada uno. Un camino que nos ha de llevar a una vida recta y justa, gracias a los dones de Dios y con nuestra responsabilidad personal.

Que el camino no siempre es fácil nos lo dice la segunda lectura de la Carta a los Hebreos, cuando nos presenta a Jesucristo que nos habla no sólo de palabra, sino también, con su ejemplo, manteniéndose firme hasta dar su vida por restablecer la plena humanización de la persona. Tal como dice la carta a los Hebreos, « Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados». En medio de las dificultades que podemos sufrir, Jesucristo nos abre un camino, nos infunde coraje y fortaleza a cada uno de nosotros. Así podremos avanzar siempre de nuevo y podremos valorar y apreciar lo importante que es tratar bien a todos y compartir un auténtico espíritu de reconciliación y de solidaridad, abriendo siempre espacios de diálogo, tan necesarios hoy en día, para vivir dignamente y en paz.

El evangelio nos habla de la reunión de todos los elegidos, de toda la gente de buena voluntad que vendrán de todos los cuatro vientos de la tierra. Será un gran banquete de fiesta. Y para participar plenamente, nos llena de esperanza la obra que Cristo cumple en cada persona a través de su Espíritu de amor. De esta manera nos propone vivir con sinceridad, con humildad y con una disposición realista para mejorar lo que sea necesario e ir siempre adelante. En esta línea, tenemos la suerte de poder acoger la bondad de Dios que nos infunde confianza y nos empuja a trabajar responsablemente de manera constructiva.

Las lecturas de la misa de hoy nos ofrecen, pues, un mensaje de esperanza para el hoy de nuestra iglesia y de nuestra sociedad, en diálogo constante con aquellos valores

éticos que fundamentalmente compartimos y que creemos más necesarios. Para seguir adelante, confiamos en que no nos falte nunca ni la ayuda del Señor, ni la intercesión de la Virgen de Montserrat en la que veneramos de corazón y que nos acoge amorosamente en este santuario.